



GERMÁN LIST ARZUBIDE, EL HOMBRE QUE NO NACIÓ EN NINGUNA PARTE

Silvia Pappé*

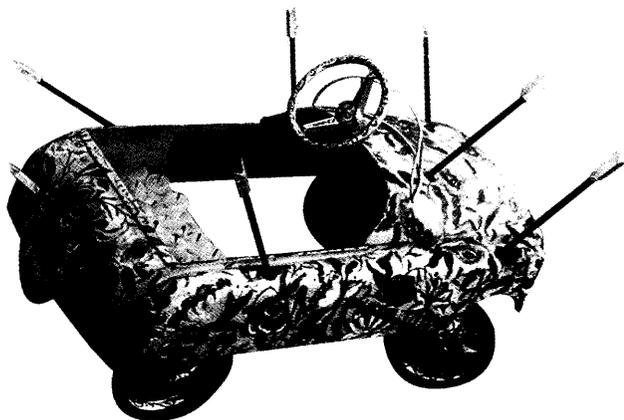
En páginas interiores de los periódicos del país, la esquila: Germán List Arzubide, “el último estridentista”, ha muerto a la edad de 100 años y 139 días. Expresamos nuestra más profundo pesar. Los críticos literarios se apresuran a cerrar un incómodo capítulo de la historia de la literatura mexicana. Un último homenaje efímero, en el periódico, al estilo de los propios estridentistas: “las moscas no pondrán su ortografía sobre nuestros artículos porque después de ser leídos, servirán para envolver la azúcar...” Hay quienes aprovechan la ocasión para profundizar su silencio más absoluto, resultando de largas e intensas prácticas profesionales; que no se diga que no hay crítica literaria, ellos, los silentes son legión. Cabe aquí recordar lo que apuntó ya Manuel Maples Arce, en “Margen” para el libro *Esquina* de List Arzubide en 1923: “Germán List Arzubide no es, como podría creerse, un revolucionario. Nuestra revuelta literaria –añade– la han hecho aquellos que cerraron los ojos a la emoción de la belleza nueva, aquellos que no son capaces de ver, ni siquiera sobre la noche que ven los ciegos, como dice Shakespeare”.

Para ciertos comentaristas, el reciente homenaje organizado en torno al Estridentismo, que cronológicamente coincidió con el centenario de List Arzubide, había sido una excelente oportunidad para dedicarle nuevamente unas cuantas páginas, años después, a este movimiento de vanguardia; balances reconsideraciones leves, muchos recuerdos. Para otros, el último comentario a don

Germán es, también, el primero. Los festejos dedicados a la memoria del movimiento –sólo don Germán lo vive una vez más– dieron las pautas para la crítica de hoy. La muerte de List Arzubide no altera en nada la disposición, y el homenaje no se repite. Lo escrito, escrito está: sólo fuente de citas ocasionales. Lo que en realidad nunca les había quitado demasiado el sueño a ninguno de ellos, lo que nunca les interesó lo suficiente para un estudio crítico más extenso, hoy es noticia, y mañana no será sino un acontecimiento sin mayor trascendencia: el cierre largamente pospuesto, el homenaje póstumo, sombra de homenaje apenas, al último miembro de un movimiento literario que había terminado, se sabe, hace ya más de setenta años, setenta y uno para ser más exactos, y dejando de lado una diferencia de días, meses.

Un sólo periódico, el *Arqueles* en la edición del día de hoy, que no tiene fecha, dedica el espacio de su primera plana a un *démenti*, es más, en cada página hay *démentis*, la muerte de List Arzubide no puede haber ocurrido: algunos de los comentarios razonan que en primer lugar, un poeta como este estridentista –porque desde 1923, List Arzubide era, ya, “un clásico”–, no puede morir; otros afirman que una persona que nunca ha tenido trayectoria ni importancia en las letras mexicanas, en pocas palabras, una persona sin presencia, tampoco puede desaparecer. El *Arqueles*, periódico de la época y de todas las épocas, incluso cuando ya no se publica, surgió como proyecto de Germán

* Departamento de Humanidades, UAM–Azcapotzalco.



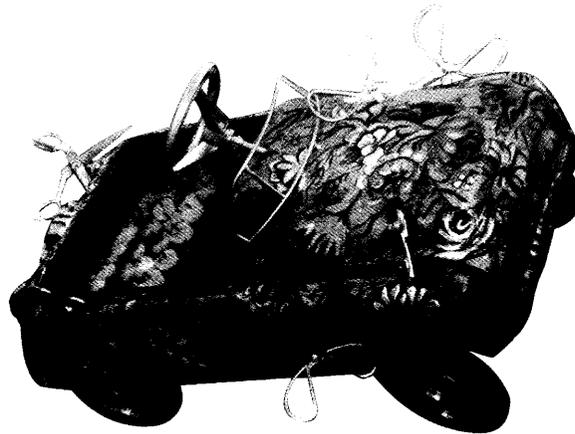
Cueto; es en este diario donde “estaban las noticias de lo que no había sucedido y las catástrofes que pudieran ocurrir”. Nadie osa dudar que los críticos y comentaristas que allí escriben, tienen acceso a información de primera mano; ellos saben acerca de esta muerte no acontecida.

Germán List Arzubide no nació sin más un día 31 de mayo de 1898 para contar, a partir de ahora, los días, meses y años de su vida. Lo que sucede, es más complejo: “Al fin surge el poeta en la hora en que negamos todos los caminos anteriores y avisamos una aurora nueva; y una alegría enorme llena nuestro espíritu.” Este poeta nace en y con la negación de todo lo anterior, crea la negación mediante su propio *Ser*, revista editada en Puebla a pesar de Puebla; se opone tanto a los caminos anteriores, como a tradiciones, poses, ecuaciones viejas. “Cuando languidecen las canciones sobre el tema absurdo de una tristeza “pose” se hacía necesario que una mano borrara la vieja ecuación de las estrellas, para plantear un problema de vida nueva y ansia en traje de diario.”

Germán List Arzubide tampoco nació simplemente en la ciudad de Puebla. Fuentes bien informadas reportan incluso que allá, “una noche, la Asamblea, rígida de seguridad, declaró que List Arzubide no debía ser de Puebla, y no pudiendo darle una ciudad exacta a su inquietud, lo dejaron sin punto de partida como el hombre que nació en ninguna parte”. En una situación de tal

magnitud y gravedad, el susodicho no puede sino participar activamente en la fundación de Estridentópolis: “ciudad absurda, desconectada de la realidad cotidiana”. Y así construido el entorno propio, cómo hablar de la Avenida Jalisco número 100, Colonia Roma, si ellos, los estridentistas –personas y personajes– se reúnen en el Café Multánime, el Café de Nadie, “el Café que nunca tuvo dueño, que no guardó ninguna hora, donde el reloj regresaba el tiempo en cada tarde para servirlo a los parroquianos sin encuentro; a los amantes sin retorno”.

A partir de la construcción de Estridentópolis, no sólo el tiempo regresa en cada tarde, también los espacios se trastocan, las calles, los edificios, y las percepciones ya no volverán a ser las mismas. Cómo, al narrar la vida de don Germán, reducir todo ello a un orden como el que reina en Puebla. Cómo achicar las ciudades donde viven los estridentistas y escandalizan a las buenas conciencias, a la provincia que nosotros creemos conocer porque los nombres de los lugares parecen referirse a las mismas ciudades, como cuando “list arzubide iba a destrozar los dorados silencios de las capillas de Puebla y de Oaxaca”. Cómo, si no sólo List Arzubide, sino también Maples Arce, Arqueles Vela, Salvador Gallardo, Germán Cueto, Leopoldo Méndez, Jean Charlot y centenares más reconocen que era, por lo menos “necesario salir hacia la provincia inventada por López Velarde”.



mán como le llamaban algunos, list arzubide, con minúsculas, como se nombraba a sí mismo. En un tiempo–espacio que no dura sino unos cuantos años cuando se le compara con el otro, el que no es estridentista y se extiende a lo largo de un siglo; el que no abarca sino nuestra propia ciudad con su visión estrecha, olvidados los horizontes, las posibilidades múltiples de rebasar, traspasar, cruzar, borrar límites y dimensiones espaciales.

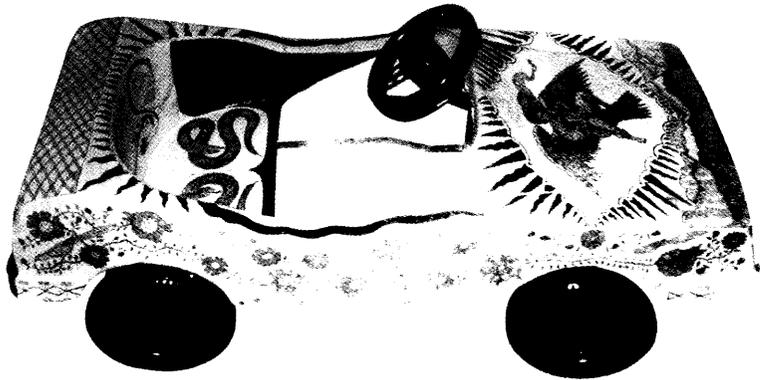
Es aquí donde Germán List Arzubide, constructor y habitante de Estridentópolis, desafía el tiempo y vive sus más de cien años; es aquí donde es poeta de los cambios e historiador de lo inacabado, de aquello que se construye con ironía y sarcasmo. Lugar de retos, en Estridentópolis las acciones y actitudes, los gestos y todo lo que diga, rebotan con creces y causan escándalos. Estridentista en Estridentópolis, list arzubide termina siendo un proyecto de sí mismo, personaje de sus propios textos, constructor de su vida.

Mundo inacabado, Estridentópolis está pensado como posibilidad abierta con tintes de arbitrariedad: sólo nosotros, los estridentistas, estamos en lo cierto aquí, los demás son distintos y permanecen distintos –una obligación a la pluralidad, a desarrollarse de manera diferente cada quien. Subjetivismos, parcialidades; huellas, restos y fragmentos, inicios sin direccionalidad clara– y la imaginación de restituir y/o crear distintas posibilidades, ya habidas, distintas, corregidas, creadas.

El espacio se amplía mediante las emisiones de Radio Estridentópolis, los extras de periódicos, los acervos de las bibliotecas, los libros y revistas en las estanterías de las librerías. “Los hombres han puesto la brújula de oriente hacia Estridentópolis”, “las multitudes han vuelto hacia Estridentópolis, en el vértigo de nuestra páginas”, y todos, sin excepción, “se abren hacia los universos insospechados”.

List Arzubide, ya convertido en su propio espacio, lo impregna de sí mismo y de sus amigos y novias, se viste de él, y hay objetos que no se sabe si son de uno o de otro. “El poeta List Arzubide –recuerda Manuel Maples Arce– se ha identificado con el alma de la época”. Siendo su espacio, siendo su ciudad, le sobra tiempo y espacio para las amigas, para “Ella que está siempre a xv minutos del Zócalo”; las novias, “Mabel o Janne, según fuera de mañana o de tarde...”; además, “en el gabinete donde list arzubide y Mabelina citaban sus caricias sin fin, sus abrazos trenzados en la voluptuosidad, sus besos filmicos, una mano halló y estrujo frenéticamente un pañuelo de encajes, tejido de cosquilleos y más lejos alguien recogió debajo del canapé el temblor azul de una liga caída en los deslizamientos de un escorzo apasionado.”

Hay tiempo e interés para los viajes, hay tiempo, diario, para los alegatos contra los enemigos del dentro y fuera de la ciudad; hay tiempo, diario, para los alegatos contra los enemigos del estridentismo y



las batallas campales en las librerías; “cada noche list arzubide, con las manos llenas de carteles horricos, después de sus batallas con los fifies de San Francisco y las direcciones de las comisarías donde arrumbaba sus enojos, llegaba a la librería a cosechar mensajes amorosos de las mujeres que compraban su libro.” Y se repiten las batallas campales en las “calles abiertas de iluminación”, en los edificios, cada vez más arriba, hasta el último piso del edificio estridentista.

En Estridentópolis hay tiempo, siempre, para los escándalos y, en definitivo, para la risa. Ambos resultan “históricos” cuando list arzubide escribe la historia del movimiento; “mi libro –afirma– está aquí magnífico de escándalo y de alegría; y mi risa, mi gran risa de vencedor, suena en todo él como una catarata de triunfo.” En esta ciudad no hay límites, sólo horizontes, y eso lleva a la insolencia. “De mi libro sólo diré –dirá list arzubide– que nunca en México se había escrito nada más bello en su agilidad y en su intención. Lo digo no por haberlo escrito, sino porque lo he leído con admiración y entusiasmo.”

List Arzubide rebasa sus cien años en más de 139 días, por ser poeta, constructor y habitante e historiador de Estridentópolis, ciudad, como ya dijimos, “desconectada de la realidad cotidiana”. Esta ciudad “corrigió las líneas rectas de la monotonía desenrollando el panorama. Borroneada por la niebla, está más lejos en cada noche y regresa en

las autoras rutinarias; luída por el teclado de la lluvia, los soles la afirman en el calendario de los nuevos días; sus ventanas giran hacia los paisajes que decoraron de amplitud Ramón Alva de la Canal y Leopoldo Méndez; las calles se trizan contorsionadas de afanes inaugurales; por las aceras van los viajeros apresados de tiempo; sus arquitecturas se han erigido de líneas audaces avisoras de la existencia; el alba la levanta cada vez más alta y rígida, flota sobre el momento desenfrenado del medio día, entre el clamor anónimo del tráfico que desparrama las avenidas; en las tardes es fastuosa, maquillada de cielos solemnes. Anclada en el abandono de sus edificios que despiertan de luces eléctricas las avanzadas de la noche, se escurre en el silencio; amplía sus avenidas y la liquida de paseantes para que en la soledad formal de las horas abandonadas a los temas ascensionales, los fundadores siembren sus palabras aviónicas. Arrasada por los discursos que dictan Maples Arce y list arzubide desde el balcón de las audacias, surge entre los proyectos a 100 h. p. de Germán Cueto, y es en cada mañana una ciudad nueva para los ojos de los que la corrigen de entusiasmos”.

En alguna *esquina* de Estridentópolis, “hay acontecimientos increíbles. Maravillosos sucesos ideológicos, inusitados accidentes sin escenario y sin espectación.” ¿Alguien pudo haber muerto posiblemente, en una ciudad así?■

